

EL TESORO

Rafael se detuvo unos instantes a descansar.

Ya era casi mediodía, y el sol de verano mordía la piel con fruición. El sudor que corría por su cuerpo semidesnudo le hacía soñar a ratos con escenas paradisíacas, con mujeres hermosas y playas envueltas en rumores marinos. Pero sabía bien que, al terminar su jornada laboral, sólo le quedaría seguir soñando en medio de la tibieza nocturna.

Había sido un año duro para él, después que cometió aquel desliz que le dejó marcado en sus antecedentes, de modo que ahora casi nadie quería darle trabajo. Pero la necesidad le obligó a peregrinar, hasta que pudo obtener que lo contrataran en esa empresa dedicada a las demoliciones, en la que trabajaba un conocido. Allí aprendió sobre lo que era realmente lamer el polvo, rumiarlo y escupirlo.

Y todo por beber unas copas demás, por no ser descortés al rechazar la invitación, por no querer quedar como un cobarde delante de las damas presentes, por no medir el efecto de un botellazo en la cabeza de uno de sus semejantes: de otro muchacho, tan inexperto como él.

Don Raúl, un viejo amistoso, veterano de aquellas lides destructoras de habitaciones humanas, le dijo en cierta oportunidad:

- Yo voy a morir aquí, enterrado entre los escombros, pero esto no es para ti. Mereces algo mejor.

Y Rafael decidió luchar, a pesar del dolor y la humillación. Solía llorar al principio, pero ahora ya se había resignado.

Tomó impulso para ejercer la fuerza necesaria y botar los últimos trozos resacos de un viejo muro fabricado de ladrillo y adobe, y aplicó los golpes con fiereza; queriendo desahogar toda su frustración en ese derroche de energía.

- Rafael está muy entusiasmado - dijo uno de sus compañeros.

- ¡Sí, parece que está buscando un tesoro! - exclamó otro, riendo a carcajadas.

El no respondió a tales expresiones. Sabía que no había mala intención en aquellos hombres, que sólo trataban de sacarlo de su pesadumbre. Sin embargo, no le

atraía mayormente el compartir sus conversaciones. Temía acostumbrarse a ese ambiente, hasta perder las ganas de huir y superarse.

Fue cuando ya los demás comenzaban a acomodarse en un rincón que aún conservaba algo de sombra, para servirse el alimento cotidiano; cuando sintió que su picota descubría una materia diferente.

Escarbó con diligencia, hasta que el brillo reflector del metal lo encandiló. Era un tarro pequeño, como los de leche o café, algo oxidado y deformado por el tiempo. Al abrirlo, ante sus ojos se abrió un abanico de colores y destellos, que lo dejó paralizado durante algunos segundos. Aquellas pequeñas esferas, que por un instante se le imaginaron como perlas, no eran más que pequeñas bolitas de cristal, que le inundaron el alma de ternura.

Sus compañeros, uno por uno, se fueron acercando; para ver el objeto descubierto. Les mostró su contenido, temiendo que las burlas continuasen, pero ellos sólo atinaron a sonreír en medio de un fantástico silencio. De igual forma se sirvieron su alimento, cada cual sumido en mil recuerdos. Más tarde, ya superada la impresión inicial, comenzaron a contarse sus aventuras infantiles que, viejas y ocultas durante años, al fin tenían su oportunidad para surgir y revelarse.

- ¿Por qué no jugamos ahora mismo? - propuso uno.

Al ver el entusiasmo que emergía, Rafael accedió a compartir su tesoro, dispuesto a olvidarse de sus penas.

Comenzaron a jugar, entretenidos y joviales. Poco a poco se fueron alejando de sus enseres, y gritaron como niños.

Tan concentrados estaban en el juego, que no se percataron de las primeras vibraciones de la tierra, que estremecida por aquel jolgorio inusitado, reaccionó también con alegría. Sólo cuando el estruendo impresionante impactó en sus oídos, y el polvo desbocado encegueció sus ojos, se percataron de la magnitud del movimiento.

Rafael fue el primero en caer de rodillas, al contemplar los muros derrumbados, justamente sobre el lugar donde unos momentos antes habían estado conversando. Luego fueron, uno a uno, sus esforzados compañeros.

Y después cayeron lágrimas, rodando por las mejillas.

Algunas de ellas brillaron más que las otras, al llegar al suelo y quitar el polvo que

cubriera las perlas esparcidas; con las cuales se habían divertido tanto, y que ahora les premiaban con la vida.

Sin duda, aquellos hombres no podrían expresar bien en mucho tiempo su gratitud y su alegría, por haberse enriquecido en tal manera.